

Juan Antonio Gil Tamayo (1966-2019)

"Demostremos que somos lo que creemos". Estas palabras que escribió san Cipriano en el siglo III en un tratado sobre la muerte bien se pueden aplicar al Prof. Gil Tamayo, quien tuvo hacia el santo cartaginés un afecto especial por las muchas horas que dedicó a estudiarlo y a traducir sus obras completas. Juan Antonio se nos ha marchado y si en esta hora debemos decir algo sobre su persona, sobre quién fue y qué hizo, podemos afirmar con justicia que no quiso otra cosa a lo largo de su vida que mostrar con su conducta aquello en lo que creyó. Porque fue un hombre de fe y lo manifestó con obras

Juan Antonio nació en Zalamea de la Serena, Badajoz, hace 52 años y, siendo muy joven, machó primero a vivir a Madrid y luego a estudiar a Pamplona. Llegó a nuestra ciudad en 1983 para cursar el último curso de bachillerato y realizar después la licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de Navarra, que compatibilizó con los estudios de teología en esta misma universidad. Después de cursar la licenciatura en teología histórica en la Facultad de Teología, se doctoró en Teología en 2002 con un trabajo dirigido por el Prof. Marcelo Merino titulado, "La Iglesia como misterio de comunión en Cipriano de Cartago". Ese mismo año fue ordenado sacerdote de la Prelatura del Opus Dei, institución a la que pertenecía desde joven y a la que fiel y generosamente entregó su vida. Incorporado al Departamento de Historia de la Iglesia, para encargarse de la docencia de Patrología e Historia de la Iglesia en la edad antigua, en 2003 se trasladó a Roma para realizar un bienio de especialización en teología y ciencias patristicas en el Instituto Patristico "Augustinianum". Tras su regreso a Pamplona en 2005 centró su investigación en los estudios patristicos de ámbito latino, de modo especial en la tradición africana (Tertuliano, Cipriano, Optato y Agustín). Además de numerosos artículos en revistas especializadas, en 2016 finalizó la edición en dos volúmenes de las obras completas de san Cipriano editadas por la BAC y continuó trabajando en temas patristicos hasta hace unos meses. De hecho, ha dejado listo para la imprenta un volumen que recoge comentarios de los Padres sobre la Iglesia dentro de la colección de la editorial Ciudad Nueva, "El Credo comentado por los Padres".

Pero, además de su labor científica, Juan Antonio será recordado por la intensa actividad que desarrolló como Director de Estudios de la Facultad de Teología (2010-2016) y su dedicación a los alumnos, en especial a los futuros sacerdotes. En esta tarea puso un empeño y sacrificio ejemplares, para que aprovecharan lo mejor posible su paso por la Facultad. Reflejo de esa dedicación y cariño es el número considerable de veces que los estudiantes que acababan sus estudios lo elegían padrino de su promoción. Porque Juan Antonio era un hombre que sabía querer y, por su bondad –porque era en verdad un hombre bueno–, por su alegría y capacidad de preocuparse por los demás, también sabía hacerse querer.

La enfermedad que empezó a manifestarse hace algo más de un año limitó su dedicación a la Facultad, aunque mientras le fue posible continuó trabajando e impartiendo su docencia con la misma ilusión. Sin embargo, el Señor tenía otros planes para él y para nosotros. El sábado, 9 de marzo, Juan Antonio se nos ha marchado. Como Jutta Burggraf y Miguel Lluch, también él ha sido llamado a la casa del Padre cuando todavía podía haber hecho y dado tanto por la Facultad. Junto a ellos y todos los otros profesores que nos han precedido y nos han dejado ya, continuará alentándonos desde el cielo con su recuerdo y su ejemplo.

Decía al principio, glosando a san Cipriano, que Juan Antonio no deseó otra cosa que ser aquello que creyó. Ciertamente, si fue tan querido, lo fue por su gran humanidad y su gran fe. Fue un sacerdote que quiso servir generosamente a la Iglesia haciendo la voluntad de Dios. Pienso que, también en estos momentos, cuando los que le hemos tratado más de cerca sentimos el dolor de la separación y nos cuesta aceptarla, podemos considerar la enseñanza de san Cipriano en el mismo texto antes citado: “Nunca debemos olvidar que nosotros no hemos de cumplir nuestra propia voluntad, sino la de Dios” (*Sobre la muerte*, cap. 18).

Muchas gracias, Juan Antonio, por todo lo que nos has dado. Que descanses en la paz del Señor.

Juan Chapa, decano de la Facultad de Teología